

Rubens Riol

EL ENTIERRO DE LAS CONSIGNAS

TEXTOS CRÍTICOS SOBRE ARTE CUBANO



De la presente edición, 2018

- © Rubens Riol
- © Editorial Hypermedia

Editorial Hypermedia
www.editorialhypermedia.com
www.hypermediamagazine.com
hypermedia@editorialhypermedia.com

Edición y corrección: Ladislao Aguado
Diseño de colección y portada: Herman Vega Vogeler
Imagen en portada: Detalle de la obra *I Will* (1995), acrílico sobre lienzo, 36 x 48 pulgadas, de Rogelio López Marín «Gory».

ISBN: 978-1-948517-13-3

Todas las imágenes incluidas en este libro fueron cedidas por las instituciones y/o los autores aludidos en cada artículo, con el fin de promover las obras y los eventos.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

*A María del Carmen, Sofía y Osiris,
puntales de mi desvelo.*

El arte es plagio o revolución.
Paul Gauguin

*La lucha del hombre contra el poder
es la lucha de la memoria contra el olvido.*
Milan Kundera

*Las generaciones se definen
por la conducta de sus minorías.*
Fernando Morán

LETRA Y SIGNO EN RUBENS RIOL

Que el arte cubano, dentro y fuera de las fronteras insulares, sigue provocando reflexiones críticas como parte de una enjundiosa y plural literatura, de un constante pensarse a sí mismo, lo refleja, con fortuna escritural, el primer libro (con textos propios, quiero decir) de Rubens Riol. Desde luego, que tal cosa suceda debería parecer normal, pues en cada panorama artístico nacional existe, obviamente, un correspondiente pensamiento acompañante a la creación simbólica; pero lo que quizá distinga o sobresalga en el arte cubano es la sostenida profusión de ensayos, libros, compilaciones de textos, catálogos y artículos que ven la luz cada año, gestando así una intensa y creciente reflexión sobre su estado. Resulta una suerte de diálogo permanente e intenso entre letra y signo, como lenguajes paralelos que actúan de vasos comunicantes.

Un tiempo atrás, al calor de la publicación de una voluminosa compilación de textos críticos sobre el arte insular, un crítico español llamaba la atención sobre dicho fenómeno, comparándolo con la situación de la

crítica sobre el arte español, que él consideraba menos rica y consistente, a pesar de las diferencias en tamaño y antigüedad histórica y cultural entre uno y otro país.

Lo cierto es que, de manera permanente, el arte cubano continúa provocando una cada vez mayor y espesa literatura crítica, en un proceso inacabable de producción de sentido. Es como si para los historiadores y críticos de arte cubanos, donde quiera que estos residan y trabajen, resulta una necesidad vital comentar, examinar y desentrañar el lenguaje visual de sus compatriotas, amén de contextualizarlo. Este primer libro de Rubens Riol desborda dicha intencionalidad puesto que su visión crítica apunta, además, hacia el arte de otras latitudes.

El autor reúne en este volumen un conjunto de artículos publicados durante poco más de una década, incluso recoge algunos correspondientes a su etapa de estudiante universitario. Allí, en la Universidad de La Habana, por el año 2007, conocí a Rubens, cuando estudiaba la carrera de Historia del Arte y fui su tutor en la recta final de la misma. Rubens concluyó con las notas más altas. Estudiante brillante, uno de los más destacados de su curso y alumno de Rufo Caballero (quien era y es considerado entre los tres o cuatro críticos de arte más sobresalientes del país en las últimas décadas y un profesor venerado por sus discípulos), nuestro autor era entonces un joven inquieto intelectualmente y con una visible incontinencia de ideas y proyectos que presagiaba al hombre de la cultura, era obvio que deseaba ser crítico de arte y de cine con todas las fuerzas de su fervor juvenil.

Recién graduado en 2009, Rubens comenzó a trabajar en un espacio de promoción cultural en la Habana

Vieja, donde lideró un cine-debate que gozó de mucha aceptación, sobre todo, entre los públicos más jóvenes, mientras mantenía su vocación de crítico de arte. De esta manera continuaron gestándose los textos que ahora se recogen en el libro. Es obvio que el magisterio de Rufo Caballero ha estado presente en la escritura de arte de nuestro autor, para bien de él. El libro permite apreciar la transición entre el joven que debuta con sus armas críticas, reflejando múltiples influencias, y el crítico que ya exhibe una madurez temprana en el ejercicio del criterio. El volumen es la configuración de una mirada y una voz, quizá sea su valor más importante, pues soy un convencido de que si tan valioso y útil es seguir la obra de un creador plástico desde sus primeras exposiciones, no menos lo es apreciar la mirada y la voz de un crítico de arte desde sus libros iniciales.

La mirada de Rubens Riol es la de un curioso impenitente. Apasionado y dueño de una sensibilidad instruida que lo lleva a escudriñar con pertinencia diversas zonas del arte insular y de otras latitudes, su voz se expresa desde una prosa ágil, elegante y culta. Llama la atención la capacidad de síntesis que Rubens exhibe, quizá obligado por las urgencias y limitaciones del espacio editorial, pero definitivamente es un don que se agradece.

Sobresale la selección de artistas y obras (objetos de su atención), la fuerte presencia del erotismo y la sexualidad, la no menos importante presencia de las tensiones entre arte y política, tan sustanciales y orgánicas en el arte insular desde fines del pasado siglo y, por último, el sentido mayor: la vivencialidad del autor de cuanto habla en sus textos; Rubens nos comenta sobre lo que bien domina y en lo que está inmerso socialmente desde hace años.

La estructura por capítulos ayuda al lector en las búsquedas, las imágenes seleccionadas ilustran sobre los textos, el autor es un buen titulador, habilidad no muy corriente, por cierto; el libro se ofrece como un buen termómetro del arte más reciente en Cuba y sobre todo el flujo de este entre los escenarios artísticos de Cuba y Estados Unidos, cauce dominado por el mercado y la curiosidad recíproca.

Rubens Riol pertenece a una de las jóvenes generaciones de críticos de arte graduados en universidades cubanas, entre los que sobresalen Andrés Isaac Santana, Suset Sánchez, Janet Batet, Sandra Sosa, Píter Ortega, Hamlet Fernández, Grethel Morell y él mismo. Es apreciable en el volumen la forma respetuosa y rigurosa con la que el autor analiza las obras de otros colegas, Píter Ortega y Elvia Rosa Castro, autores a su vez de recientes e importantes títulos críticos.

El aporte principal de este conjunto de textos está, además, en mostrarnos la frescura y agudeza de la mirada del autor sobre el arte en general y sobre el insular en particular, y en la presentación novedosa de su original estilo de decir. A su práctica como crítico y promotor de las artes visuales, el presente libro ayudará, sin dudas, a darle una mayor visibilidad dentro y fuera de los Estados Unidos, país donde reside.

El título del volumen enfatiza en la oposición entre arte (con su alta carga de libertad y pluralidad semántica) y consigna política (con su poderoso efecto reductor y anestésico) en el escenario cubano actual, una tensión a la que el arte en sentido general y el insular en particular han dedicado sus mejores obras. Es como si el autor recordara aquella idea de José Lezama Lima de que solo en el arte el hombre puede encontrar la libertad absoluta.

No puedo finalizar sin expresar mi deseo y esperanza de que el próximo libro de Rubens Riol sobre arte esté conformado por textos más extensos y de fondo, donde vuelva a desplegar sus conocimientos sobre la materia.

Cada día se hace más difícil hablar con propiedad e inteligencia sobre arte, debido a las confusiones a las que nos conduce la absoluta estetización de la realidad y las complejidades que establece el denominado arte contemporáneo o posmoderno, en el que con frecuencia nos quieren hacer pasar gato por liebre. En el presente se hace muy difícil discernir lo que es arte (a pesar de lo que diga el artista) dentro de la enorme profusión de imágenes, objetos, obras y gestos que aspiran a dicha condición. En ese ambiente enrarecido en el que todos quieren pasar por artistas y todo parece caber en el variopinto constructo del arte actual, son necesarias miradas y voces como la de Rubens Riol.

Rafael Acosta de Arriba
La Habana, Cuba - Cali, Colombia, agosto de 2017

EL ENTIERRO DE LAS CONSIGNAS O LAS BARBAS DE LA BALLENA

I

Es siempre un placer indecible cuando un colega confía un manuscrito inédito a tu consideración. Manjar y laberinto insuperable que, en casos como este, nos permite adentrarnos en la evolución de su autor, desde las incursiones más tempranas donde predominan el peso narrativo e informativo que van cediendo paso a valoraciones más enjundiosas y personales que son, al fin y al cabo, el aporte de todo misionero encomendado al azaroso mundo de la crítica de arte.

A Rubens y a mí nos unen no pocos azares concurrentes —como diría el Gordo de Trocadero—. Ambos estudiamos Historia del Arte en la Universidad de La Habana y ambos comenzamos nuestras incursiones en el mundo del arte a partir del cine, consagrando nuestras tesis de grado al denominado séptimo arte. Cuando comenzamos nuestras carreras como críticos de arte, ambos también nos sumergimos —como es-

pejo— en el arte contemporáneo más inmediato, ese que bulle a la par de nuestra existencia y cuyos peligros (aciertos, desaciertos, desafueros, frustraciones, euforia) son más difíciles de prever en tanto que hay un vínculo visceral ineludible que nos priva de esa mirada descansada —distanciada— que solo es posible con el paso del tiempo.

Ambos, en ese intento, dejamos de algún modo nuestra impronta en esa generación del arte cubano contemporáneo de la que fuimos partícipes en tanto sujetos de la vida cotidiana cubana y del quehacer artístico del momento. Y es este un extraño paraje —a medio camino entre juglar, cronista e historiador— que solo cobra su cabal lugar en retrospectiva.

Ambos también hemos compartido espacio durante años con otros colegas en «Galería 305», el suplemento dominical de *El Nuevo Herald* dedicado a la vida cultural en el sur de Florida. La labor reporteril que impone este medio implica una reformulación vital para el historiador de arte, entrenado en juicios críticos de peso donde la referencialidad al propio proceso artístico y la historia del arte son insoslayables. El medio periodístico, sin embargo, obliga a un nuevo enfoque. El reto certero de poder alcanzar un público más vasto es un privilegio que viene acompañado de la depuración de estilo. Esto obliga a un lenguaje mucho más coloquial y conciso, donde la puesta en contexto y la información imprescindible para el lector juegan en la cuerda floja con el punto de vista y juicio crítico del autor, en una arriesgada armonía donde el texto debe resultar placentero al tiempo que educativo. Sin lugar a dudas, es este el ánimo que motiva la mayoría de los textos incluidos en esta selección.

El entierro de las consignas se estructura a partir de seis capítulos o hilos temáticos. Cada uno de ellos es una zambullida en aristas disímiles de la producción artística cubana contemporánea en la que, de manera tangencial, se inmiscuyen artistas de otras nacionalidades sin por ello perturbar el eje central del volumen. Como en viaje circular, Rubens nos lleva desde el territorio íntimo y suficiente del cuerpo hasta el vasto paraje del paisaje en una travesía en espiral.

El volumen del cuerpo es una suerte de entrega no declarada. El cuerpo, como bien advierte Rubens en uno de los textos «coraza que oculta y fascina», es esa puerta a través de la cual el escritor se desnuda, quedando al descubierto para sus lectores. De hecho, es el cuerpo en tanto testimonio y continente, una de las líneas de investigación que ha obsesionado a Riol desde sus más tempranas incursiones en el mundo del arte. No es casual que sea este pues el *avant goût*, de *El entierro de las consignas*.

Esta es una compilación que el lector agradecerá. No asistimos a una crítica hermética sino por el contrario, a un afán de crónica que salpicado por comentarios de juicio permite al lector entender el sentido de cada exposición reseñada aun sin haber puesto un pie en la galería. Siendo la mayoría de los textos incluidos en este volumen, artículos publicados periódicamente, es lógico que sea este el tono de rigor.

Hay otro viso autobiográfico esencial que se trasluce a través del título mismo de esta compilación. La obra de Rubens Riol se inserta dentro de una generación bien peculiar. Hablamos de esa generación que llega a la edad

adulta con el nuevo milenio. En el caso específico del acontecer cubano, esta generación crece en medio de la apatía, consecuencia lógica del desencanto y cinismo de la generación que le precede. Si bien a la generación anterior, esa de fin de siglo y dada en llamarse generación de los noventa, se caracterizaba —como giro para con su generación precedente— por el marcado cinismo y el uso de la metáfora y la elipsis obligada como herramientas al uso para la formulación de poéticas todavía centradas en la vida y sociedad cubanas del momento; en el caso de la nueva generación —esa de la cual Riol es exponente— el contexto inmediato no es ya el punto de mira.

Hay una suerte de negación del territorio. Para esta generación, los supuestos logros y gestas de la denominada revolución cubana de 1959 no son sino lecciones de historia lejanas, acogidas con entero desapego. Les asiste pues —cuando enfrentando la realidad circundante— una suerte de mirada antropológica no exenta de displicencia. Es esta la generación hija del post-comunismo y la globalización. Una generación que, busca insertarse en la palestra internacional, dominando la desterritorialización temática y el éxito comercial.

III

Hay otro azar concurrente no menos crucial que compartimos Rubens y yo a la par con tantos otros coterreños. Ambos, como Jonás, fuimos en un momento dado arrojados de las fauces de la ballena para seguir nuestro periplo y cometido allende el mar.

La pérdida del enclave originario obliga a la revisión identitaria que deviene con el paso del tiempo,

poliédrica. Cuba asoma como una arista definitoria dentro de esta nueva identidad marcada por nuevos espacios vivenciales, nuevas lenguas, culturas otras que devienen parte de nuestro acervo vital. Y como buen cetáceo, toda nueva experiencia es digerida, de modo selectivo, enriqueciéndonos y redefiniéndonos a cada instante. Es un placer pues, este libro que nos tiende Rubens, gracias al cual podemos adentrarnos en las barbas de la ballena.

Janet Batet
Miami, verano de 2017

LA CRÍTICA DE ARTE COMO EJERCICIO DE CONVERSACIÓN

Mi querido Rubens:

Aprovecho esta tranquila tarde de sábado para satisfacer la escritura de ese prólogo que tan amablemente me has pedido y que asumo no como un acto de responsabilidad, que precede o debería preceder cualquiera de los textos que resultan de esa extraña alquimia, manifiesta en el ejercicio de la crítica; lo asumo, por el contrario, como expresión de un goce que me llevará a decir —si acaso— un par de ideas más o menos propias sobre la que considero una de las voces más interesantes de la crítica cubana estacionada lejos de los contornos lábiles de la isla.

Sabes que no debía ser yo quien firmara este texto. Es, de hecho, una osadía considerando que debió ser Rufo Caballero el prologuista, en tanto tu mentor, quien estimulara este lúcido, sagaz y elegante repertorio de páginas en las que se expone la subjetividad de un crítico, cuyas virtudes más relevantes son su in-

teligencia y su versatilidad. Pienso ahora en ese amigo nuestro que marchó hacia ese otro lugar en el que, seguramente, la seguirá liando. Pienso en él, insisto, porque, aunque muchos le nieguen, su hacer y su decir crearon escuela para toda una generación de jóvenes críticos salidos de las aulas de Artes y Letras. Tú y yo, con apenas unos cuantos años de diferencia, qué duda cabe, pertenecemos a ella. Fuimos testigos directos de su genialidad y del éxtasis barroco de su escritura, seguimos el camino de ese aprendizaje y perpetuamos en la constancia y en la sistematicidad del ejercicio crítico su gran lección.

Cuando te leo, descubro viva su enseñanza. No por similitudes, paralelos o vicios en el decir; sino, porque advierto en ti, resuelto en el cuerpo mismo de tu escritura, una de sus exigencias más recurrentes: *la implementación de la crítica como un permanente ejercicio de conversación*. Tu letra se soporta sobre un pensamiento ágil y una maniobra narrativa que dejan ver el amplísimo repertorio de fuentes teóricas y de lecturas culturales que manejas. Sin embargo, y es ahí donde estimo reside una de tus más elevadas virtudes, el saber anterior no se usa como un cuerpo esclerotizado que se aviene al nuevo objeto de la interpretación. Sabes hablar con el objeto de tu mirada, ya sea para leer las obras que nacen de las prácticas artísticas contemporáneas o para escudriñar en la prolijidad semiológica del lenguaje que cifra el discurso cinematográfico, tu otra gran pasión.

Existen galaxias escriturales que se orquestan a tenor de los textos críticos por una amplia nómina de autores contemporáneos y en muchos de ellos solo leo juegos de palabras o construcciones teóricas carentes

de pasión o desprovistas de esa facultad dialogante sobre la que ha de fundarse el ejercicio de la crítica, entendido este como un acto de interpretación y de creación en sí mismo, con independencia de sus funciones comunicativas. Tu escritura deja ver al sujeto que está detrás y que ejerce el derecho de decir y de pensar bajo la gracia de una mirada propia que, pese a su juventud, ha consolidado un crédito de prestigio.

Han sido precisamente esas encrucijadas del ejercicio, el tránsito de un medio a otro, la permuta de geografías, el satisfacer otras demandas, el llorar en silencio ante la aspereza del entorno ajeno, lo que te ha convertido en el crítico que eres: un escritor camaleónico, versátil y fino en el uso de los artificios de la enunciación, elegante en el decir, sofisticado y eficaz.

Los textos aquí reunidos podrían leerse, a raíz de lo que aseguras, como apuntes al paso de una biografía: la tuya. Lo mismo que tú, yo he debido hacer de la crítica un estilo de vida, un modo de permanecer y de existir, un ejercicio de constante emancipación. A los tiempos duros en los que algunos creyeron que iba a rendirme, antepuse la voluntad de escribir, aunque tan solo fuera para dar cuenta de lo mal que iban las cosas. Entonces el arte sirvió, una vez más, como terapia, como espacio para aliviar el dolor por la ida y el abandono.

He sido testigo en la distancia de tu evolución como crítico fuera de Cuba; también lo fui —gracias a las redes sociales— de tu estancia allí practicando una docencia bajo el signo de un aprendizaje dialógico y cruzado en el que los protagonistas da cada historia ponían voz a su propia voz. Y ha sido ese seguimiento el que me ha llevado a valorarte más, si cabe. Este cuerpo de textos, organizado en capítulos brillantemente titu-

lados, revela, entonces, tu condición y tu valor. Mientras otros vacilan entre los subterfugios de una existencia convencional, tú has optado por la certificación del valor del texto como fuente y afluyente de resistencia. Ni la soledad, ni los anuncios de profetas y agoreros trasnochados, nos llevarán a la desesperación final o al suicidio. Ante esa posibilidad, que no es tal, se levanta erguida la razón que nos dibuja y nos determina. Noto en ti una necesidad, casi obsesiva, de escribir, en el formato que sea. Tal necesidad se traduce en voluntad, en capacidad, en permanencia, en un acto de resistencia sostenido sin el cual el pensamiento naufragaría en arenas de soledad. De esa voluntad, sin ir más lejos, ha nacido este libro. Un volumen que otorga, de facto, mayor visibilidad a tu escritura dentro y fuera del contexto de su realización.

Casi todos estamos de acuerdo acerca de lo absurdo del papel reservado a nuestro país, al que por masoquismo u otros motivos (también sórdidos), algunos encuentran sobrados méritos y justificado valor. La realidad entonces se presenta como el espejo más elocuente donde el fracaso observa su rostro. Habiendo leído no pocos libros y titulado muchos ensayos, advierto este título como el mejor de todos los títulos. Es, de por sí, una radiografía, un electrocardiograma, una imagen rotunda que revela el estado de una nación, la itinerancia de una gran frustración.

Perteneces a una generación de críticos e historiadores que ya no conoció la UTOPIA más allá de su existencia como figura literaria. La idea de que el mañana será mejor, que el futuro sería luminoso dejó de tener sentido en el contexto que te vio nacer como profesional de la escritura y depositario del pensamiento pro-

pio. *El entierro de las consignas*, resulta una representación —afirmativa— de esa muerte; es la revelación del descrédito sin que por ello se extraviase la gracia de la ironía o el gusto por la parodia, recursos permanentes en la consumación de tu estilo.

Convencido de la futilidad de los *slogans*, de las consignas, de los llamados populares, de la masificación del ego, de la búsqueda de una realidad ilusoria que ocultase el rostro de la verdad, tu letra se revela radical y divertida, irónica y mordaz, inteligente y sobria. El desgarramiento y las fatigas de la esperanza están en la base de ese título que desde ya deja de serlo para convertirse en el pasaporte nuestro. Es en ese rechazo donde, paradójicamente, habita el *sino* de nuestro drama. Nuestra realidad intelectual (tu realidad) pulula, irrefutablemente, entre el instinto de conservación de aquello que somos y el gusto, casi siempre justificado, por la tragedia. Ante tal exigencia sociológica no queda otra que seguir haciendo cosas: haciendo pensamiento, haciendo escritura, haciendo libros y haciendo crítica como expresión de algún tipo de política. «Vale más hacer y arrepentirse, que no hacer y arrepentirse», esto escribía Maquiavelo hace ya algún tiempo. Sobrada es la razón que descansa en sus palabras. He visto a muchos que hablan sobre lo que harán y no hacen nada, que especulan sobre su gran obra sin tener aun la primera de esas obras. Tú, en cambio, te has decantado por la eficacia del hacer en lugar del espejismo del decir.

Nazcan de donde nazcan, y bajo el pretexto que sea, todos los absolutismos se parecen y se encuentran, al cabo, en el mismo lugar de la historia. Ese donde reinan la intolerancia y la autoridad ejercitada. Revelarse ante ellos ha sido, desde siempre, una reacción de los

intelectuales que entienden «el hacer» como la expresión de un hecho cultural de dimensiones políticas. Es por ello que este ensayo, en su totalidad narrativa, resulta nocivo a la permanencia y a la mentira de ese sistema, a sus prefiguraciones doctrinales, a sus dogmas y a sus leyes.

Seguramente, estoy convencido de ello, algunos periodistas, críticos y reporteros de la banalidad, dirán que este es un libro pertinente, propio, oportuno... Y yo celebro, en cualquier caso, que sea todo lo contrario, un libro impropio y desobediente.

En la decencia de lo correcto habita el eterno flagelo de lo mediocre. Este libro es todo menos lo último. El presente volumen, junto al de otros jóvenes críticos cubanos, desperdigados por este mundo, fija el itinerario para seguir la pista a la(s) narrativa(s) de la nueva crítica cubana.

A todo esto he de sumar una confesión: nunca antes me habían pedido un prólogo (risas). De ahí que ni siquiera me veía a mí mismo lidiando con ese formato y sus exigencias, lo que llevó a decidirme por esta carta, escrita desde la admiración y el cariño.

Te abraza fuerte,

Andrés Isaac Santana

Madrid, sábado de septiembre, 2017

ESCORZO FRENTE A UNA VALLA ANUNCIADORA

Cuando analizo en retrospectiva mis modestos esfuerzos literarios en poco más de una década de trabajo sostenido y creciente, solo puedo corroborar mi propia versatilidad como crítico, esa condición dual que me ubica entre la comprensión intuitiva de las artes visuales y mi furor —obsesivo, casi patológico— por el cine. Entre esos dos abismos de la cultura oscila mi existencia creativa, sin contar los acercamientos juveniles a las artes escénicas. Quizás solo me faltó escribir sobre una función de circo, de ballet o de ópera. Y lo habría hecho con la misma pasión, la misma intensidad.

Este libro es un reflejo de todo eso, de quién soy, y de lo que he hecho. Es una mezcla rara de mi trabajo inicial (precoz), cuando aún era estudiante y colaboraba, tímidamente, con algunas publicaciones cubanas; mi desarrollo personal como profesor universitario durante seis años de experimentación docente y mi fogueo como esclavo voluntario y dichoso de la prensa escrita norteamericana. De ahí que podrán observar la evolución de

mi estilo en la escritura sobre artes plásticas, casi siempre por encargo, que va desde la inmediatez y la ligereza de la noticia como hecho cultural e informativo, pasando por ciertos amagos poéticos y reseñas promocionales en publicaciones masivas, hasta la pedantería académica e historiográfica del ensayo especializado.

Con el tiempo y el oficio, el lenguaje se fue haciendo orgánico, las opiniones más reposadas y el tono irónico tuvo que disfrazarse con la primera persona del plural por exigencias editoriales, aunque allí siempre quedaron los ecos de mi voz transfigurada, en balance desigual; entre la objetividad y la ficción, entre el calor cientificista y la poscrítica más vehemente.

Mientras seleccionaba los textos que conforman esta compilación, noté un interés recurrente del que solo ahora tomo conciencia: huir de los paradigmas ideológicos impuestos, al tiempo que hacía catarsis mediante la obra de los artistas. Cada una de mis interpretaciones redundaba en el rechazo al control, la vigilancia y todo lo que oliera a la estandarización del comportamiento individual. Llegué incluso a acuñar el sintagma de la «paranoia cederista» para referirme a la censura infundada y absurda de los medios oficiales sobre los repertorios más creativos de la Isla.

Mi desdén por la sospecha ridícula, castrante, y el fantasma soviético de la representatividad se hicieron palpables. De ahí mi escorzo ante esa valla anunciadora, capital y refugio de las consignas. Por lo que muchos de los textos incluidos en este volumen rondan la tensión entre el arte y la política. Lo cual no es nuevo, pues entiendo que los artistas siempre se las han ingeniado para desmontar sistemas, proponer salidas y mitigar silencios e injusticias.

El libro está estructurado en seis capítulos o unidades temáticas, dentro de los cuales procuré mantener un ordenamiento cronológico. Allí me ocupo, en primer lugar, de ciertas cartografías del deseo y la representación del cuerpo desnudo en el arte; obsesión número uno de mi carrera, pues mi tesis de licenciatura, que algún día será también un libro, proponía un acercamiento a la desnudez en el cine cubano como mecanismo de identificación cultural. El segundo capítulo, como ya había anunciado, constituye el plato fuerte, pues me refiero a los discursos de artistas más inconformes, beligerantes, y su relación con la experiencia socialista. En este apartado encontrarán, además, testimonios de artistas cubanos como Rogelio López Marín, «Gory», y Tomás Esson, representantes de la mítica generación de la plástica cubana de los ochenta, exiliados en los Estados Unidos; a los cuales entrevisté ocasionalmente para *El Nuevo Herald*, entre muchos otros creadores.

En tercer lugar, esbozo la relación entre la crítica de arte y los artistas, reseño un par de libros sobre artes plásticas de colegas como Elvia Rosa Castro y Píter Ortega Núñez, diserto sobre la función social de la crítica y la suerte de los autores más jóvenes, así como sobre importantes eventos en La Habana o Miami, como es el caso de la Feria Internacional de Art Basel. Luego, me entrego por completo a la monografía de grandes íconos de la historia del arte, como Andy Warhol, Chuck Close o Ana Mendieta, entre otras figuras de la *mainstream*; a propósito de muestras antológicas recientes, organizadas por grandes museos en el sur de Florida. Aquí no pude evitar el rubor y la fascinación ante la obra de exponentes tan célebres, cuyas poéticas expliqué durante

años a mis estudiantes en La Habana, de modo que fue como regresar al aula universitaria y revivir mis clases sobre las estrategias narrativas del arte posmoderno.

Por último, dedico un espacio a ese género pictórico, académico y tradicional, que es el paisaje (en todas sus variantes): rural, marino o urbano, desde los aportes lingüísticos de un grupo de pintores cubanos y extranjeros, de distintas generaciones, con ideas propias, que hacen de este capítulo uno de los más agradables de leer, además de disfrutar de las portentosas imágenes que lo ilustran. Emergen de estos textos, nombres como Leopoldo Romañach, Luis Martínez Pedro, Luis Vega, Alan Manuel González, Hander Lara y Arturo Prins, por solo mencionar algunos. Aunque el volumen realmente termina con un panorama de estéticas insólitas, que constituyen el paseo de domingo por una galería en la que vamos descubriendo operatorias, técnicas e ideas sorprendentes acerca del arte.

Quiero agradecer a mis primeros editores y colegas de *Upsalón* (Revista Estudiantil de la Facultad de Artes y Letras de la Universidad de La Habana): Haydée Arango, Leonardo Sarría, Claudia Felipe, Jamila Medina y Ariel Camejo, jóvenes de la cultura que estimularon mi vicio por la lectura y la publicación constante. Dicha lista se engrosa con otros nombres de mi generación como Deborah de la Paz, Alain Hernández y Andrés Álvarez del tabloide *Noticias Artecubano*, cuyo trabajo y esmero para que los artículos compilados aquí conserven aún el mismo brillo, también está presente en estas páginas; así como la colaboración de otros especialistas de diversos medios de prensa cubanos que supieron crear un diálogo vinculante y creativo.

Agradezco al crítico de arte y amigo virtual, Andrés Isaac Santana, por su especial recomendación en la dis-

tancia, allá donde vive; lo cual decidió no solo mi suerte editorial en Miami, sino también el camino de mi madurez profesional, a quien agradezco también por su valioso prólogo en forma de confidencia epistolar. A Miguel Sirgado, Natacha Herrera, Germán Guerra, Maru Antuñano y Venecia Mayrant de *El Nuevo Herald* por la complicidad y las grandísimas oportunidades, que me convirtieron en periodista, en reportero y, sobre todo, en un gladiador que ha cambiado —feliz— su tiempo de dormir por la escritura.

Gracias a Ladislao Aguado, director de la Editorial Hypermedia, por su decisión de materializar este sueño literario, con el que celebro más de una década de carrera. A Rogelio López Marín «Gory», por cederme la imagen de portada, evocación nostálgica, dulce metáfora de este entierro. A Rafael Acosta de Arriba, uno de los expertos en artes visuales más respetados de Cuba, por su interés, compromiso y por la mágica sobriedad de su prólogo. A mi colega Janet Batet, por la candidez de su discurso, reflejo de su incondicionalidad. A Píter Ortega y Suset Sánchez por la contundencia de sus valoraciones. A los artistas Mario Bencomo, Arturo Prins, Alan Manuel González y Luis Vega, por sus muestras de humildad y gratitud. A mi padre Amable Riol y mis amigos José Dairon Bejerano e Ivette Peña por sugerirme que aspirara a la carrera de Historia del Arte (pocas decisiones me han hecho tan feliz). Y a todos los que me han visto inmolarme, crecer y seguir soñando.

El Autor
Coral Gables, Miami, abril de 2017

ÍNDICE

Letra y signo en Rubens Riol	9
El entierro de las consignas o las barbas de la ballena	14
La crítica de arte como ejercicio de conversación	19
Escorzo frente a una valla anunciadora	25
CAPÍTULO I	
CUERPOS DE GUARDIA:	
CIERTOS DISCURSOS DEL DESEO	31
Un Quijote desnudo en la memoria	33
El hueco que dejan las palabras	38
Cuando un grito de auxilio es solicitud de placer	43
Eikoh Hosoe, el rostro incierto del verdugo	47
Romances sobre papel	51
Osiris Cisneros: prisioneras de la noche	54
CAPÍTULO II	
EL TURBIO MANTO DE LA IDEOLOGÍA:	
DEL COSTUMBRISMO A LA PARANOIA	59
Como un eco echado a la sombra	61
Simplemente hay que dejarse penetrar o la extraña fotogenia del Pez-erizo	68
Javier Castro o diario de un cazador furtivo	74
El entierro de las consignas	77

Una sombra muy roja:	
tres artistas y la experiencia socialista	82
Refugios del silencio	88
Gory, el color de la distancia	92
Karlos Pérez, árbitro del tiempo	98
Los dobles de la historia:	
Geandy Pavón y José Manuel Mesías	101
Los paisajes genitales de Tomás Esson y otras provocaciones	106
Francisco Masó:	
el indiscreto uniforme de la vigilancia	114
CAPÍTULO III	
LA CRÍTICA DE ARTE Y LOS ARTISTAS:	
UNA RELACIÓN VIGOROSA	121
La crítica precoz o el estreno de otras voces	123
Elvia Rosa Castro, una voz demasiado fucsia	126
Píter Ortega o la crítica de arte como espejo	129
Artistas de La Habana en Miami:	
la nueva suerte del arte cubano	133
La fiebre del arte en Miami	141
Un paseo en góndola	148
CAPÍTULO IV	
LUCES Y SOMBRAS	
DE UNA ZONA LLAMADA <i>MAINSTREAM</i>	153
Hans Hofmann o el imperio del color	155
Danny Lyon, el peso del recuerdo	158
Andy Warhol, una moda permanente	163
Ana Mendieta o los vestigios del dolor	169
Chuck Close, más cerca que nunca	174
CAPÍTULO V	
ESTAMPAS VERDEAZULES:	
UN GÉNERO QUE NO SE MARCHITA	181

Paisaje insular o la cultura del salitre: coordenadas de un naufragio	183
<i>Nowhere</i> : una vida en otra parte	194
Arte y naturaleza: el reposo de la mirada	199
Diego Santanelli o los cortejos del abismo	202
Alan Manuel González, catarsis ante el espejo	207
Sobrevida de un náufrago: el viaje interminable de Arturo Prins	214
Luis Vega, los instantes del agua	220
CAPÍTULO VI	
EN ZIGZAG POR EL REINO DE LO ESTÉTICO	225
Arte en el aeropuerto, un jardín de obediencia	227
José Parlá, domador de palimpsestos	230
Efrén Isaza, zonas de <i>glamour</i>	235
Almas gemelas: la complicidad del arte	239
Los caprichos nocturnos de Ken Nintzel	244
Germán Botero: excavaciones de un milagro	250
Ciertas sombras femeninas	255

